

TEJO CON SEÑAS UN MUNDO

*En homenaje a todos los cuentacuentos
que van repartiendo su corazón
interminable a todo el mundo.*

Suena el despertador a las 7 a. m. Jared, un joven de 28 años, posiblemente el más taciturno de la comunidad, abre los ojos y se levanta de la cama. Sale de casa y camina por la calle con una cubeta, una escoba, un trapeador y una bolsa con productos de limpieza. Le gusta caminar, aunque, en ocasiones, prefiere andar en bicicleta, lo cual es una costumbre muy marcada en su pueblo.

Pasa por la comandancia, que se encuentra a un costado del cementerio; un policía le hace muecas como si lo estuviera remedando para tratar de molestarlo pero no lo consigue. Se trata de alguien que constantemente se burla de Jared e intenta desmoralizarlo, sin embargo, siempre trata de ignorarlo tomándolo como una nimiedad, así que solo sigue adelante con su caminar calmado.

Llega a un panteón y se dirige hacia un mausoleo que posee una pequeña puerta para entrar a un altar. No era un mausoleo suntuoso, pero sí se trataba de una construcción digna con una arquitectura delicada: era un pequeño monumento funerario, color azul, de 2 m de frente y 3 m de fondo, con una altura de 3 m; por fuera había dos maceteros llenos de tulipanes, claveles, margaritas y narcisos; en los costados poseía dos columnas sobre las que reposaban, en la cúspide, dos ángeles bañados en pintura dorada.

Dentro de este, había un altar a su madre y demás familiares que ahí estaban sepultados, con una repisa sobre la que había veladoras, floreros, imágenes de santos, adornos y figuras de alabastro.

Comienza a barrer y a sacudir con esmero; ya que termina de limpiar enciende una veladora. Recorre el mismo camino de regreso para llegar a la salida del cementerio. En su paso, le llama la atención una tumba que se encuentra descuidada y sucia; Jared intenta seguir su rumbo pero se detiene, se da la vuelta y empieza a limpiarla hasta que toma un mejor aspecto. La observa con satisfacción, abraza la escultura de ángel que formaba parte de la tumba y se va.

No era la primera vez que limpiaba una tumba ajena a la de su familia; para él era como una labor social y espiritual con el mundo de los muertos. Cada vez que lo hacía le gustaba abrazar la tumba, como si fuera para él una fuente de energía.

Cuando Jared va saliendo, una joven pelirroja lo observa fijamente desde adentro del panteón; a su vez, un misterioso hombre tatuado la observa a ella. Se alinean las miradas como si se tratara de un eclipse visual: Hombre tatuado à Joven pelirroja à Jared.

Todos los días él hace la misma rutina, como si se tratara de un trabajo imprescindible: se levanta a la misma hora; toma el mismo rumbo, a veces caminando o, en ocasiones, en bicicleta; llega al panteón, limpia el mausoleo de su familia; si en el camino se encuentra una tumba demasiado empolvada la limpia, (sin importar quién esté ahí sepultado), la abraza y se retira. Hasta que una mañana, todo fue distinto.

Mientras él se encontraba limpiando el mausoleo, llega la joven pelirroja que lo observaba semanas atrás; se detiene en la tumba que estaba a un costado de él. Era una joven de 27 años, con un atuendo psicodélico: un vestido con estampado de flores diversas, botas cafés y una cadena con un dije que resplandecía. Ella lo saluda:

-¡Buenos días!

Jared la mira, alza la mano y sonrío para corresponder a su saludo. Prosigue con su labor de limpieza, mientras que la joven, quien resulta ser una charladora de oficio, comienza una plática con él:

-¡Chin! ¡Se robaron otro florero! ¡Ay no! ¡Tan bonito que estaba! Ni modo Popy... después te traigo otro. ¡Cómo hay rateros por aquí! ¿Verdad? A mi vecina le da miedo venir para acá, no porque le salga un muertito, sino porque la última vez que vino la asaltaron y pues quedó traumada, y eso que según ella vino temprano, como a esta hora que es cuando acostumbra a venir la gente, pero bueno... el peligro está en todas partes y a todas horas.

Me contó que ya había limpiado la tumba de su esposo y estaba lista para irse, cuando de repente llegó un muchacho que tenía un tatuaje con forma de cruz en los brazos, se le puso enfrente amenazándola con una navaja y diciéndole como en las películas: "¡Dame todo lo que traigas!", el caso es que le aventó su monedero y hasta una bolsa de nanchis que traía, ¡ay no!, ¡qué feo vivir eso! ¿A ti te han asaltado alguna vez?

Espera una respuesta de Jared pero este no le responde ni con un gesto. Sonia insiste:

- ¿Te han asaltado alguna vez?

Jared sigue limpiando... Sonia hace una mueca en razón de molestia al sentirse ignorada; en susurro dice: "Qué grosero". Toma una cubeta y se retira para traer agua. De regreso, siente que se sofoca y se pone un poco pálida; al llegar a la tumba de su familia, deja caer la cubeta y se sienta; Jared se da cuenta de su mal estado y se acerca preocupado intentando decirle con balbuceos y señas que esperara ahí mientras iba por ayuda: Sonia cayó en cuenta de que él era sordo.

Ella le señaló que no se fuera mientras sacaba de su bolsa un inhalador. He aquí que Jared se dio cuenta del padecimiento de Sonia, quien poco a poco iba recuperando el aliento hasta volver un poco a la normalidad. Jared se sentó a su lado para esperar a que se recuperara, como un gesto de apoyo. Luego, lo tomó por sorpresa que Sonia comenzara una charla con él por medio de la lengua de señas:

- Hace rato te estaba platicando algo y pensé que me ignorabas por grosería. Ahora entiendo todo...

- Discúlpame. No me di cuenta.

- No hay problema. Gracias por preocuparte por mí en estos momentos. Soy asmática, además tengo enfermo mi corazón desde que era niña. He estado bajo tratamiento desde entonces, solo que últimamente los ataques de asma y mis taquicardias son más frecuentes.

- Si gustas, puedo acompañarte al doctor ahorita...

- No, ya me siento mejor, ¡gracias!, ¡qué amable eres!

Se sonríen mutuamente. Sonia continúa la conversación con su fluida lengua de señas:

- ¿Cómo te llamas?

- Me llamo Jared, ¡mucho gusto! -la saluda de mano- ¿y tú?

- Sonia, el gusto es mío.

- Me sorprende que alguien como tú sepa mi lengua. ¿Por qué la aprendiste?

- Fue por mi hermana que está aquí enterrada. Ella era sorda. Murió en un accidente hace dos años.

- Lo siento, que en paz descanse.

- Gracias... Me veía como si fuera su mamá porque nuestra madre murió cuando éramos pequeñas. Era muy inteligente, aprendió a hablar, solo que lo hacía con dificultad, también a escribir y a leer los labios para poder comunicarse con los demás; era muy talentosa para la redacción, me llegó a escribir cartas muy bonitas.

- ¡Qué bien! Yo también sé leer y escribir, solo que nunca he recibido una carta. La gente piensa que no sé descifrar su lengua.

- Quizá no ha llegado la persona indicada para escribírtelas, pero ya llegará. ¿Sabes? Ya te he visto aquí antes. Vienes seguido, ¿verdad?

- Sí, hace más de un año murió mi mamá de cáncer de mama.

- No fue hace mucho. Lo siento.

- Desde que la enterramos aquí he venido a diario a limpiar su tumba. Siento que la quiero más ahora que ya no está porque tengo mucho tiempo para extrañarla.

- Te entiendo. Lo mismo pasa conmigo...
- Venir al panteón es mi momento favorito del día, quizás es el único momento que me agrada desde que ella murió. Además, no quiero que la tumba de mi mamá se llene de polvo.
- Te he visto limpiando otras tumbas aparte de esta.
- Sí, a veces también limpio aquellas que están muy empolvadas.
- Pero al venir todos los días te estás llenando de polvo. Algún día, tendrás tanto polvo sobre ti que quedarás enterrado tú también...

Se miran a los ojos fijamente con una expresión de seriedad, como si Jared se quedara reflexionando sobre lo que le dijo y ella esperando una respuesta, hasta que los dos sonrían. Jared se queda como no sabiendo qué decir. Ella continúa:

- Podrías emplear este tiempo para ser feliz de otra forma, por ejemplo, acompañándome a la calle a contarle cuentos a la gente.
- ¿Cuentas cuentos?
- Sí, podríamos hacerlo juntos. Mi hermana y yo contábamos cuentos. ¿Te gustaría?
- Me gusta leer, pero no sé contar cuentos. No me sé ninguno.
- Yo te enseñé algunos, los ensayamos y se los contamos a la gente, ¿qué te parece?

Se refleja una sonrisa tímida en el rostro de Jared, luego, con una expresión le dice que lo intentará. Hasta que un día... los dos estaban listos para presentarse en un parque. Ella estaba maquillada de manera sutil, peinada con dos trenzas, portando un vestido de tirantes confeccionado con retazos de tela de diferentes colores, dos bolsas a los lados, zapatos negros y calcetas rojas; Jared vestido con un pantalón negro, camisa blanca de manga larga, zapatos azules, trae puestos unos tirantes de color azul marino con tinto.

Para conformar a su público, acordaron pasar a unas cuantas casas que se encontraban alrededor del parque para invitar a las familias. Jared llevaba la invitación por escrito en un papel por aquello de que tuviera dificultad para que la gente lo entendiera. Sonia, al pasar por una ventana de una casa azul, escuchó un tierno canto de una niña:

***“...Y mi corazón viajará por ti,
en un cohete de color azul,
irá al espacio a traerte estrellas
para que elijas entre ellas
a la más bella,
e ilumine más a tu corazón,
aunque ninguna brillará tanto
como tus lindos ojos claros”.***

Indiscretamente, Sonia estaba asomándose por la ventana para conocer a la niña, quien estaba acompañada de su mamá. La niña no tenía cabello, se notaba pálida, con los ojos hundidos y ojeras remarcadas. Sonia se sintió un poco impertinente por lo que hacía pero no lo pudo evitar. La niña le dijo a su mamá:

- Mamá, cuando me echen al pocito para irme al cielo, quiero que la cajita donde yo esté dormida sea de color azul.

La madre le respondió:

- Ay no, mi amor... Yo no quiero ver nunca eso... No vuelvas a decirlo jamás porque me pone muy triste, ¿sale?, y no quieres ver a tu mamá triste, ¿verdad? - Y de sus ojos brotaron lágrimas de profundo dolor.

- No mami, yo siempre quiero verte feliz-le responde la niña.

Los ojos de Sonia se cristalizaron al presenciar tal escena y decidió tocar la puerta de esa casa para invitarlas. La señora inmediatamente llamó a su hija para que fueran al parque a escuchar las historias que les contarían. La niña salió emocionada con su mamá, iban tomadas de la mano con toda la expectativa del mundo ante lo que presenciarían.

En dicho parque, iniciando con un público de alrededor de 20 personas, Jared comienza su interpretación aderezada con una buena expresión facial y corporal, mientras que Sonia, al ritmo de su amigo, va narrando esa historia fantástica e inédita que crearon juntos, titulada **“Cecilia y el camaleón perdido”**:

Cecilia tenía una característica especial: vivía un camaleón en su garganta, por esa razón narraba historias maravillosas; podía hacer los sonidos y las voces de cualquier ser vivo del reino animal. Ella era la mejor cuentacuentos y todos los animales la admiraban, excepto el león, a quien no le agradaban los cuentos. Una noche, Cecilia gritó desprovista porque la espantó el león pues se la quería comer y, lamentablemente, el impulso de ese grito desprendió al camaleón de su garganta y se escapó...

Pero no todo fue de la noche a la mañana, ¡no, no, no, no, no! Hubo un proceso lento de preparación pero muy gozoso para llegar a este instante crucial en sus vidas. Meses antes, Sonia había fungido como una maestra de cuentería para Jared, por ello, él ya no iba todos los días al panteón dado que estaba enfocado en desarrollar magia con su propia lengua. Los dos leían, escribían y ensayaban narraciones con ímpetu en distintos escenarios. A través de su experiencia, Sonia estaba instruyendo a su amigo paso a paso en el arte de los antiguos juglares, una técnica que Jared estaba concibiendo con amor. Sonia le decía cuando lo instruía en la playa:

- Ahí te va la primera lección: **Los cuentacuentos entendemos el lenguaje del viento, del mar, de las nubes y de la lluvia. Vamos por un río recogiendo historias para crear la nuestra**, así que, además de relatar historias escritas por autores famosos y no tan famosos, nosotros relataremos nuestros propios cuentos. ¿Qué te parece si creamos una historia acerca de un camaleón?

Jared asiente con emoción.

- Bueno, ¡que nos toque la musa en este instante!

Sonia saca una libreta de su bolsa y se sienta junto a su amigo para comenzar a edificar un nuevo mundo. Ese cuento, además de narrarlo en el antedicho parque, lo obsequiaron también en un asilo de ancianos, quienes se mantenían emocionados como infantes por esos dos locos narradores:

...Tal animalito fue a meterse al oído de una jirafa, y se dispuso a reposar dentro de su largo cuello. La jirafa, de no emitir ningún sonido dado que no tiene cuerdas vocales, comienza a contar cuentos de manera magistral a los animales del reino. Este suceso llega a oídos de Cecilia y empieza a buscarla por todas partes.

Para el siguiente fragmento del relato, Sonia (estando en el techo de su casa) le había dado a Jared una lección importante:

-Segunda lección: **Los cuentacuentos somos siameses: uno se llama Teatro y el otro Literatura, los cuales se encuentran unidos del mismo corazón. Los cuentacuentos actuamos como un sapo, como un ogro, una bruja, un niño, un anciano, como Blanca Nieves o como un príncipe azul. Nuestra voz es como un camaleón viviendo en nuestra garganta.**

Este camaleón no está en tu garganta, pero tú mismo serás el camaleón. A ver, transfórmate en un monstruo aterrador...

Jared comienza a contraer todo su cuerpo y a hacer gestos bruscos, caminando lentamente hacia Sonia con una mirada tenebrosa. Sonia lo mira con expectación y le dice:

- ¡Para, para, que me estás dando miedo!-ríen juntos a carcajadas. Con esto, Jared estaba preparado para llevar a cabo con el debido tono el siguiente pasaje del cuento, que también narraron en un penal de mujeres que se encuentra en su comunidad, estando ellas con sus hijos en un día de visita:

...En su búsqueda se encuentra con un elefante que narraba cuentos a sus crías puesto que era uno de los pocos animales que también poseía un camaleón en sus cuerdas vocales; también se topó con la bestia más temible del reino: un monstruo atroz al que se le ablandó el corazón cuando escuchó por primera vez un cuento de amor narrado por la jirafa.

Continuando con la preparación para este relato, se fueron a un estadio de fútbol, aprovechando una tarde tranquila en que no había mucha gente:

- ¡Muy bien! Ahora, pon mucha atención a la tercera lección: **Los cuentacuentos no fingimos... vivimos. Somos poemas de verso libre; somos las cunas para los locos. Nuestra sonrisa es la llave con la que abrimos el universo de la gente.** A ver, te iré dando una serie de sentimientos y emociones, las cuales irás expresando de manera facial, ¿va? Iniciaremos con la duda.

Jared pone cara de dudoso.

- Ahora... tristeza- y pone cara de triste.

- Ira- de pronto, se nota totalmente encorajinado.

- Felicidad y locura a la vez- y Jared comienza a saltar, a jadear y a hacer gestos cómicos. Los dos sonríen y chocan sus manos.

Esta lección sirvió para que desarrollaran de manera genuina la siguiente parte del cuento, ahora, dentro del ágora de un orfanato, con unos niños atentos a lo que escuchaban; sin duda, era algo novedoso para algunos de ellos:

...Por fin, un día la encuentra, se disfraza de león y la asusta para que su camaleón salga de su largo cuello. Al pasar el tiempo, se da cuenta por los animales del reino que la jirafa comienza a deprimirse demasiado pues volvió a ser silente: ya no podía contar historias.

Estando a la orilla de un río, se prepararon para darle sentido y valor a la continuación del relato:

- Jared, la cuarta lección es: **Los cuentacuentos contamos cuentos hasta cuando nos ciñe la tristeza, y ni el sentimiento más horrendo nos calla. La palabra en todas sus formas es la montaña en la que nos deslizamos. Un libro es para el cuentacuentos, lo que para el rey es la corona.** Por ello, si queremos ofrecer nuevas historias a nuestros espectadores, nos tenemos que poner a leer todos los días, ¿va?

Él asiente, y traslada esta reflexión a su interpretación frente a los niños y adultos que se encontraban en la plaza cívica de una escuela:

...En ese momento, a Cecilia se le ocurrió ir a contar un cuento a dúo con el elefante para que naciera otro camaleón y poder obsequiárselo a la jirafa, de este modo, que siguiera narrándole historias a sus amigos.

Para preparar el final de esta narración, Sonia se llevó a su amigo a la cúspide de una montaña que rodeada a su pueblo, en la cual había una enigmática casa abandonada que no tenía techo:

- Este día te daré las dos últimas lecciones. Quinta lección: **Los cuentacuentos nos comemos el cuento, lo saboreamos haciendo gestos, lo digerimos, después, lo eructamos con pasión.** También debes saber que, para contar un cuento, tienes que expresarte con todo tu cuerpo, no solo con señas, como cuando te mueves al bailar, a ver, ¡baila!

- No sé bailar... no tengo ritmo... obviamente, no puedo escuchar la música...- le responde.

Sonia toma la mano de Jared y la pone en la parte izquierda de su pecho diciéndole:

- ¿Sientes la vibración de los latidos de mi corazón?

- Sí - le contesta.

- Sigue el ritmo de mi corazón y baila. Es más fácil así.

Jared sigue el ritmo y comienzan a bailar juntos.

- ¡Genial! Bueno, ahí te va la sexta y última lección, ya para lanzarnos mañana a la gente con nuestros cuentos: **Los narradores somos imanes de los niños, es decir, de todas las personas que existen en este mundo, porque todos llevamos a un niño adentro. En algunas personas ese niño está más dormido que un oso panda. Con nuestras interpretaciones, nos sumergimos en su interior, destrabamos a su mente y abrazamos a su corazón;** para ello, deberemos tener comunicación visual, facial y corporal con nuestros espectadores, así como también, además de narrar para ellos tenemos que narrar con ellos.

Jared pregunta:

-¿Cómo?

-Pues teniendo contacto directo con todos para sambutirlos en nuestro mundo imaginario.

Esta lección, tanto Sonia como Jared la interiorizaron para narrar con todo su cuerpo este cuento y muchos otros más, ahora, teniendo como su escenario a la plazuela del pueblo, donde se encontraban congregadas decenas de personas a su alrededor, entre niños, jóvenes, adultos y ancianos que los contemplaban como si fueran dos extraordinarios libros danzantes:

...Una vez que la jirafa tenía a su propio camaleón reposando en su cuello, se topó con otros animales que tenían camaleones en sus cuerdas vocales y les propuso hacer lo mismo: contar cuentos juntos para que nacieran más camaleones y poder depositarlos en sus cohabitantes. De ese modo, todos los animales del reino, hasta los más diminutos, se convirtieron en cuentacuentos. FIN

Los cuentacuentos se pusieron de acuerdo sobre cuál les contarían y eligieron el cuento que habían escrito semanas atrás: *“Ave de cristal”*. Se colocaron sobre una tumba e iniciaron su narración: *“Érase una vez, un ave de cristal que vivía en un bosque donde todo era posible...”*.

Una vez que finalizaron la historia, sus pequeños espectadores quedaron fascinados. Al fin entendieron que ya era hora de marcharse para que sus libros andantes continuaran con sus faenas del día. Durante varios días estuvieron indecisos sobre el color de la pintura que emplearían en las tumbas, hasta que llegaron a la conclusión de que el color rojo estaría estupendo para que lucieran mejor.

Jared sacó de su mochila una brocha y una espátula, las cuales dejó sobre la banqueta del mausoleo de su madre; iban a iniciar con este. Sonia abrió el bote de la pintura para prepararla. Jared toma dos cubetas y le informa a Sonia que iría por agua. Ella le dijo que le dejara la llave para abrir el cancel del mausoleo e ir sacudiendo los floreros. Entonces, abrió el candado que aseguraba al cancel y tomó su bolsa para sacar un papel que estaba doblado. Tomó un florero, sacó las flores de tela de raso que ahí estaban, lo sacudió, lo embrocó para que se le saliera el polvo y depositó ese papel ahí.

Algo que jamás se imaginó fue que se acercaba a ella un hombre extraño, aprovechando que estaba sola. Era el mismo hombre tatuado que la estaba mirando sigilosamente días antes de entablar su primera conversación con Jared. Este toma la espátula y mientras ella seguía limpiando los demás floreros, él la toma por la espalda, le tapa la boca con su mano derecha y la amenaza con la espátula, diciéndole: - No grites porque si lo haces te la hundo en el cuello, ¿entendiste?

Sonia quedó petrificada, sin poder decir una sola palabra por el terror que le hizo sentir. Lo miró de reojo y vio que tenía un tatuaje con forma de cruz en el brazo: cayó en cuenta de que era el mismo hombre que había asaltado a su vecina ahí mismo en el panteón. Él continuó:

- ¡¿Entendiste?!

Ella solo pudo asentir. Empieza a sentir un ataque de pánico.

- No voltees porque si me llegas a ver la cara ¡te mato!- y la suelta. Ella se queda estática, horrorizada. Comienza a esculcarle la bolsa:

- ¡Hija de la chingada! Solo traes \$200 y un celular chafa. Ni modo, aunque sea para el perico...- la toma por la espalda otra vez -hiciera otras cositas contigo pero me tengo que ir. ¡Cuidadito con que voltees!

Mete la llave a la bolsa, toma el candado y con este cierra el cancel:

- Encerradita te miras más bonita. ¡Adiós, chiquitita!- se va con la bolsa.

Ella no sabe si voltear o quedarse así, solo comienza a llorar, y lo más preocupante: empieza a tener un ataque de asma. En ese preciso momento, Jared llega y al parecerle raro verla de espaldas dentro del mausoleo, emite un jadeo y ella al fin voltea hacia afuera, respirando con dificultad, casi ahogándose; con dificultad y desesperación le informó:

-Me asaltaron y me dejaron encerrada. Creo que ese hombre se llevó la llave del candado y mi bolsa. Ahí estaba mi inhalador. Ve por ayuda, por favor.

Jared asintió y volteó hacia todos lados para ver si había alguien. Por desgracia, parecía que no había nadie más en el cementerio, y tuvo que salir para pedir ayuda. La calle que rodeaba al panteón se veía solitaria, como si la gente se hubiera puesto de acuerdo para no salir de sus casas. calles.

Él le insistió hasta que la tomó del brazo para detenerla y ella le gritó: “¡No me toques!”, y encolerizada siguió su camino. Entonces, rápidamente decidió mejor dirigirse a la comandancia que estaba a un costado del panteón para pedir ayuda.

Al llegar, el policía, que siempre se mofaba de él, estaba hablando por celular afuera de su caseta de vigilancia, y Jared le trataba de explicar lo que sucedía pero, la actitud del comandante era de un total desdén, él solo atendía la llamada. Hasta que en un arranque de desesperación, Jared lo toma del brazo como lo hizo con la mujer, pero este le dice: “¡Vete a la chingada, sordo enfadoso!”, y lo empuja bruscamente hasta caer al suelo. El policía siguió hablando por teléfono, quejándose de él con quien tenía la llamada. Jared se levantó mirándolo con mucha ira y optó por regresar al panteón.

Al volver, miró a Sonia recargada en el cancel, a punto de perder el conocimiento, parecía que emitía los últimos resuellos de su vida. Miraba a Jared con los ojos casi en blanco, desfallecida. Jared, al borde de las lágrimas, se le acercó para expresarle: “No, no puedes morirme, eres lo único que me queda”.

Jamás había sentido tanta zozobra en su vida. Volteó hacia todos lados y seguía sin ver a nadie, como si hasta las almas en pena estuvieran escondiéndose. Entonces, en un instante de chispa, como cuando se enciende una luz sobre algo para que lo podamos ver, volteó hacia la cubeta que contenía la pintura roja y se le quedó viendo con profunda cavilación. Se acercó a esta, metió sus manos en la cubeta y manchó con ellas la camisa blanca que traía puesta. Con descomunales manchas rojas en su ropa y en su piel, de nuevo corrió despavorido hacia la comandancia. El policía seguía hablando por teléfono pero quedó patidifuso al verlo llegar:

-¡Dios! ¿Es sangre...? ¿Qué...? No, espera...- le dijo a quien le estaba hablando -creo que el sordo sí está en apuros. Luego te llamo.

Jared se puso enfrente de él y le volvió a pedir exasperadamente que lo acompañara; ahora sí, el policía accedió a hacerlo y se fueron corriendo.

Para su sorpresa, habían encontrado a Sonia sin señal de aliento. El policía intentó forzar el cancel para abrirlo pero era casi imposible hacerlo sin herramienta alguna. Sacó su radio para pedir auxilio. Después, le tomó el pulso y, desgraciadamente, ya se había apagado, y ese pulso que ya no se sentía en ella había apagado también una historia, sueños, risas, viajes imaginarios, actos de amor... toda una vida de gracia.

El comandante se acercó a Jared y le hizo una seña muy parecida a la que le hicieron cuando su mamá partió, hacía más de un año. Recordó ese momento funesto en el que su madre se encontraba estática y fría en su cama, con los ojos de cristal, con sus ojeras teñidas por el abismo, su cabello blanco como las palomas que cuidaba y los labios escarchados por la muerte... Y comenzó a llorar más que un niño.

Se recargó sobre el cancel junto a Sonia y le decía con señas que había hecho todo lo que estaba a su alcance para no perderla. Su llanto era tan sofocante que hasta el policía sintió tristeza, pena y remordimiento por no haberle hecho caso desde el primer momento en que le pidió ayuda. Cada lágrima de dolor es como un litro menos en el mar de nuestra vida. Jared sentía que se estaba quedando seco.

Después de la inesperada muerte de Sonia, pasan los días pero para Jared es como si no pasara el tiempo. Estaba atorado en un duelo profundo que, de nuevo, apagó su luz interna. Una vez que logró hacer catarsis, salió de su casa. La tristeza se notaba hasta en sus pasos. Solo tenía algo claro: su fiel tarea de regresar al panteón a limpiar tumbas, y ahora tenía otra tumba que limpiar a diario. Lo que no tenía claro y que ni siquiera sabía era el legado de amor que dejó en las calles y en todos los espacios en los que, acompañado de Sonia, compartió bellísimas historias. Hasta que en la tarde que decidió salir a la calle cayó en cuenta de ello.

Se dirigía al cementerio, cuando de pronto quedó estupefacto al ver que, en un parque, una congregación de civiles estaba presenciando a una cuentacuentos. Se acercó y pudo recordarla: era aquella joven que alguna vez fue una espectadora de sus narraciones. Al final de su presentación, se acercó a ellos para felicitarlos y mostrarles su gratitud por su gran labor. A pesar de que Jared no podía escuchar su relato, pudo percibir que estaba haciendo una buena interpretación y sintió un inmenso gusto por lo que estaba logrando con la gente. Esbozó una sonrisa y se retiró.

Siguiendo su camino observó que, en la orilla de una banqueta, estaba sentada una anciana, impasible, leyendo el libro “El árbol de las muñecas tristes” de Alfonso Orejel, que alguna vez recomendó Sonia al final de una presentación en un parque que estaba cerca de ahí, donde contaron cuentos algunas veces. Esbozó otra sonrisa sutil acompañada de mucha nostalgia. Más adelante, casi llegando al panteón, alcanza a divisar a una niña que tomaba la mano de su madre. Eran las mismas personas que Sonia había invitado a su presentación luego de ser testigo de una escena conmovedora por la ventana de su casa.

-¿Dónde está la cuentacuentos? ¿Dónde está tu amiga?

Inmediatamente, llega la madre, le sonrío a Jared y le dice a su hija:

-M'hija, él no puede escucharte. Su amiga ya no está aquí, se fue al cielo...

La señora dirige su mirada hacia él, le toca el hombro, lo abraza fuertemente, como dándole el pésame, y se despiden:

-¡Adiós cuentacuentos! ¡Te queremos mucho!- le dijo la niña.

A pesar de estos detalles de la vida, volvió a sentirse vacío. Comparaba su gran dolor con el vacío de los hoyos que hacen en el panteón para enterrar a un finado.

Al pasar por la comandancia, se encuentra con el policía, quien ya no le hizo muecas, solo alza su mano para saludarlo con un gesto de pena. Jared corresponde al saludo con una sonrisa tenue, como dándole a entender que no le guarda rencor, que ni siquiera siente escozor por él.

Luego de limpiar la tumba de Sonia, que estaba enterrada junto a su hermana, se dispuso a limpiar el mausoleo de su madre. Como siempre, empezó por quitar el polvo de los floreros que estaban en la repisa, cuando de pronto, encontró la carta que le había dejado Sonia antes de morir. Se sienta en el umbral del mausoleo y la lee detenidamente:

Jared:

Me dio tristeza cuando me dijiste que nunca habías recibido una carta y me alegra mucho ser la primera en escribirte una. No sé qué hice en esta vida para merecerte porque realmente eres una persona muy valiosa, por lo cual te valoro mucho. Así como en los cuentos que narramos, estamos viviendo una historia muy feliz, una de las mejores que he vivido. Eres el silencio más hermoso que poseo, también eres para mí como uno de mis libros favoritos, uno que se mueve muy gracioso. Hay que seguir contando historias a nuestra gente para que cuando llegemos acá, todos nos sonrían desde sus tumbas. Quiero seguir desarrollando esta historia contigo, sin pensar en un final. A tu lado me siento más viva que nunca. Gracias por todo.

*Atentamente
Tu narradora feliz
Sonia*

Quedó tan conmovido con esta primera carta que recibía que lo invadió un llanto sofocante. Se levanta y se dirige a la tumba de Sonia para expresarle su gratitud: “Te extraño mucho. Gracias a ti. Fuiste un gran viaje para mí”.

Se acuesta sobre la tumba durante un largo rato y mira al cielo. Cierra los ojos y cae en un sueño profundo, de pronto, ese sueño lo transporta a un paisaje desconocido cubierto por las estrellas y por la luz de una encantadora luna llena. En ese escenario, se encuentra con su querida Sonia, quien se acerca y le dice:

- Yo también te extraño pero aún no haces falta aquí. Tienes que seguir contando historias. Hay un público que te espera.

- Ya no puedo seguir contando cuentos... Tú eras mi voz y ya no estás conmigo.

- Tú tienes una voz propia. Está dentro de ti y la gente la puede escuchar.
- Ya no sé qué decir ni qué contar...

Sonia se queda mirándolo fijamente, después, voltea hacia el cielo y observa a la luna. Él voltea a verla también. Ella alza su mano derecha en dirección a la luna, la rodea con sus dedos índice y pulgar y la toma, como si la desprendiera del cielo. Él contempla impasible este acto mágico sin esperar que ella depositara a la luna en su boca como si le estuviera dando una hostia.

Se observa cómo la luna brillante iba bajando por su cuello hasta llegar al pecho y quedarse instalada en su corazón, el cual comenzó a brillar como una luciérnaga. Luego, él tomó una de las estrellas que estaban alrededor de la luna y la puso en la frente de Sonia. Él hizo una expresión de que sentía frío, y ella tomó al cielo con sus manos y lo convirtió en una cobija con la cual lo abrigó.

El cielo quedó listo para un nuevo amanecer: acabaron con los elementos de la noche por dejarlos impregnados en sus cuerpos. Entonces, ella le dice:

- Cuenta nuestra historia... la luz es para ti.

Se oscurece todo el paisaje, y una luz cae directamente sobre Jared. Él dudaba en hacerlo pero empezó a narrar:

“El desenterrador de sueños”

Había una vez, un cementerio donde estaban enterrados los sueños de las personas. Un día, un joven silente, que limpiaba constantemente la tumba de uno de sus sueños, conoció en ese panteón a un ángel pelirrojo, que tenía una pala mágica colgada en la espalda, ya que se encargaba de desenterrar los sueños más añorados. Una simple mirada bastó para iniciar una charla y los dos coincidieron en una característica: les gustaban los cuentos. En la conversación, el joven le confesó al ángel que el sueño que tenía sepultado era encontrar un motivo para volver a ser feliz. Entonces ese ángel valeroso, descolgó su pala mágica y con esta destruyó, sin escollo alguno, la tumba del sueño de ese joven; cavó y cavó hasta llegar a un cofre. Al abrirlo, salieron dos pequeñísimos camaleones: uno inmediatamente se introdujo en la boca del ángel y se ajustó en su garganta; el otro, se metió por la oreja del joven y habitó su cerebro. Poco a poco, se volvieron locos contando historias por todo el mundo. El ángel pelirrojo podía emitir diferentes modulaciones de voz dependiendo del personaje al que le diera vida, y el joven podía transformarse en todos los personajes que intervenían en sus relatos. Gracias a esos camaleones, el joven encontró un gran motivo para ser feliz: brindarles momentos de felicidad a las personas obsequiándoles un juguetero de historias. Hasta que un día, el ángel tuvo que retirarse para contar cuentos al cielo, mientras que él sigue feliz, narrando historias en su propio paraíso. Ahora, él se dedica a desenterrar sueños usando como pala mágica su bagaje de cuentos.

FIN

Al finalizar esta historia, se ilumina todo el espacio y Jared se encontraba en un auditorio, frente a un numeroso grupo de espectadores que lo contemplaban con admiración, como si fuera una obra de arte en movimiento. Atrás de él, había una manta en la que se lograba apreciar el dibujo de un ángel con el rostro de Sonia; arriba de esta imagen decía:

10 de junio: Día Nacional de la Lengua de Señas Mexicana (LSM)

“Tejo con señas un mundo de amor”

Para celebrar este día, se encontraba reunida una gran comunidad de sordos, quienes tenían como invitado de honor a su cuentacuentos favorito. Con una alegría desaforada, Jared contempló un bello aplauso, de esos que hacen los sordos alzando las manos y girándolas de izquierda a derecha, como si estuvieran ensamblando el foco de la gloria. Un aplauso silente que llevó tanto en su mente como en su corazón para toda la vida.

FIN

Autor: Juan Carlos Aguirre Ochoa.